

L A L B O R A
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 31 de Julio de 1873

Núm. 42.

SUMARIO.

Hermosa entre las hermosas, tradicion, por Ricardo Palma.—Reminiscencias de un sueño, poesía, por Dalmiro.—Pasado y porvenir, por Eloy Truque.—Mis pensamientos sobre la religion del Crucificado Jesus, por Sor Maria Teresa.—La Madrina severa, poesía, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Mujer coqueta y madre mártir, por Saturnino.—Cuento, poesía, por Daniel.—El maestro de escuela, por M. Prieto y Prieto.—Mosaico por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Soluciones.—Charada.—Permanente.

HERMOSA ENTRE LAS HERMOSAS.

(TRADICION.)

A RICARDO ROSSELL.

DICE usted, amigo mio, que con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad hubano una tradicion. Pues si en esta que le dedico hay algo que peque contra el octavo mandamiento, culpa será del coronista agustino que apunta el suceso, y no de su veraz amigo y tocayo.

I.

Gran persona es, en la historia de la conquista del Perú, Diego Maldonado. Compañero de Don Francisco Pizarro en la zinguizarra de Cajamarca, tocóle del rescate del Inca Atahualpa la puchuela de siete mil setecientas setenta onzas de oro, y trescientos setenta y dos marcos de plata; y fué tal su comezon de atesorar y tan propicia fuéle la suerte que, cuando se fundó Lima, era conocido con el apodo de *el Rico*.

A ser mas justiciera la historia debió cambiarle el mote y llamarlo *el Atortunado*; que fortuna, y no poca, fué para él librar varias veces de morir á manos del verdugo, albur que merecido se tenía por sus desaguisados y vilezas. No hubo pelotera civil en la que no batiese el cobre, principiando siempre por azuzador de la revuelta para luego terminar sirviendo al rey. Dios lo tenga entre santos; pero mucho, mucho gallo fué su merced Don Diego Maldonado el Rico.

El atrenzo mayúsculo en que se vió este conquistador fué cuando el famoso Francisco de Carvajal, que entre chiste y chiste ahorcaba gente que era un primor, quiso medirle con una cuerda la anchura del pescuezo. Carvajal, que ahorcó al padre Pantaleon, con el breviario al cuello, solo porque en el bendito libro habia escrito con lápiz estas palabras—Gonzalo es tirano—, tenia capricho en dar pasaporte para el mundo de donde no se vuelve al revoltoso y acaudalado Don Diego. Pero el poeta lo dijo:

Poderoso caballero
 Es don dinero,

y Maldonado compró sin regatear algunos años mas de perrerias. Un dia de estos me echaré á averiguar cual fué su fin; que tengo para mi debió ser desastroso y digno de la ruindad de su vida.

Cuando, afianzada ya la conquista, se vieron los camaradas del Marqués de Atavillos convertidos de aventureros en señores de horca, cuchillo, pendon y caldera, que no otra cosa fueron por mas dibujos con que la

historia se empeñe en dorarnos la píldora, hizo Don Diego venir de España á un su sobrino, llamado Don Juan de Maldonado y Buendia, el cual, si bien heredó una parte de las cuantiosas riquezas del tio, no heredó su felonía; pues sirvió siempre con lealtad las banderas de Carlos V. y Felipe II.

Precisamente cuando la rebeldia del entendido, popular y generoso Don Francisco Hernandez Giron, que en tan serios aprietos puso á la Real Audiencia de Lima, era ya Don Juan de Maldonado y Buendia, capitán de crédito en las tropas reales, y á él se debió en mucho el vencimiento de aquel tan valiente como infortunado caudillo.

Pacificado el pais, retiróse Don Juan á sus cuarteles de invierno. En el Cuzco estaba su casa solariega y en el valle de Paucartambo poseia una valiosa hacienda.

II.

Tras de las luchas de Marte vienen las de Venus. Esta es verdad rancia y á nadie pasmará la novedad de la noticia.

El gallardo capitán no podia dejar (¡otra verdad como el puño!) de rendir vasallaje á Cupido, y enamoróse hasta las uñas de una paucartambina.

Le alabo el gusto; porque la muchacha no era bocado para ningun sopatintas enclenque, sino para un mozo de mucho ñzque y muy echado para atrás como Buendia.

Imasumac ó Hermosa entre las hermosas, (que así traduce Calancha esta palabra indijena) era una preciosa jóven por cuyas

venas corria la sangre de los Incas. Princesa ó *nusta*, nada menos.

Imajínate, lector, su belleza y adórnala con los detalles que á tu fantasia cuadren, que yo, francamente, me declaro lego en esto de hacer retratos. Dála, si quieres, dientes de marfil, mejillas de grana, blancura marmorea, lábios de rubí, ojos de azabache, zafiro ó esmeralda, cabellos de oro, y añade las demas piedras é ingredientes de estilo para hacer un retrato, que hable por lo parecido lo mismo que un guardacanton.

Yo no me meto en esas honduras y me conformo con decir que la chica era linda como un rayo de luna, que no á humo de pajas habia de llamarla el historiador *Hermosa entre las hermosas*, como quien dice el sulfato, la quinta esencia de todo lo remonono que Dios crió.

La jóven princesa no fué indiferente al cariño del galan español; y todas las tardes, al ponerse el sol, iba á la campiña á esperar á su amante.

Maldonado echábase al hombro el mosquete ó arcabuz y, cazando palomas torcaes de que hay abundancia en el valle, hacia diariamente la legua de camino que lo separaba de su hacienda al sitio de la amorosa entrevista.

Si quieren ustedes formarse cabal idea de los transportes de esos felices amantes, lean la primera égloga ó idilio pastoril que les caiga á mano. En seguida bébanse un vaso de agua para que no empalagne el almibar.

Aquellos amores eran un cielo sin nubes. Una tarde acudia el capitán afanoso como siempre á la deliciosa cita, cuando, al salir de un bosquecillo para entrar en el llano, oyó un grito que vino á repercutir en su corazón.

Aquel grito era lanzado por Imasunac. Un tigre perseguía á la linda princesa que corria desalada.

Maldonado estaba á doscientos pasos de distancia, y le era físicamente imposible llegar á tiempo para luchar brazo á brazo con la fiera.

Hizo fuego y la bala pasó sin tocar al tigre.

Cargó nuevamente el arma, y apuntó en el momento mismo en que el irritado animal hacia presa en la jóven. No habia salvacion para la infeliz.

Entónces el español vaciló por un segundo y se sintió morir; pero haciendo un esfuerzo supremo desarmó el arma.

Era preciso hacer menos cruel y dolorosa la agonía de su amada.

Cuando Maldonado llegó al llano, el tigre se revolcaba moribundo pero sin desprenderse de su presa.

La bala del capitán habia atravesado tambien el corazón de la princesa.

Y aquella alma de bronce que no se habria conmovido ante un cataclismo universal, sintió desprenderse de sus ojos una lágrima, la primera que el dolor le habia arrancado

en su vida, y se alejó murmurando con la sublime resignacion de los fatalistas:

—¡Estaba escrito!!! ¡Dios lo ha querido!!!

III.

Una semana despues tomaba el hábito de religioso agustino, en el convento del Cuzco, el capitán Don Juan de Maldonado y Buendia.

Catequizó muchos infieles, mereció á su profundo conocimiento de las lenguas quichua y aymará, alcanzó á desempeñar las primeras dignidades de su orden, y murió en olor de santidad por los años de 1583.

RICARDO PALMA.

Lima, Julio 27 de 1875.

REMINISCENCIAS DE UN SUEÑO.

A CONSTANTINO CARRASCO.

La ví en el templo por la vez primera,
Cuan hermosa, gran Dios!
Alzando al cielo su plegaria austera!...
Toda la eternidad la cambiaria
Por hablarla otra vez como aquel dia
Donde la ví y me vió!

La ví despues sin acordarme donde!
En un sueño tal vez...
Y siempre que la busco me responde
Un éco misterioso en lontananza,
Ella es aquí del hombre la esperanza,
Arcangel del Eden.

Cuando la quiero ver cierro los ojos
Y contemplo su faz;
El néctar bebo de sus lábios rojos
Al entornar mis párpados el sueño,
Y apurando la copa del beleño
La escucho suspirar.

En un coro de arcángeles la veo
Tan pura y tan gentil,
Trasunto del adámico deseo,
Cuando el primer varon solo en el mundo
A Dios pedia con clamor profundo
Un ser que bendecir.

Siempre la busco aqui. Es un delirio
Mas bien que una ilusion;
Yo la he visto en las rosas y en el lirio,
Y en la bella y sensible pasionaria
He escuchado la íntima plegaria
Con que ruega al Señor.

Yo quisiera mirarla á cada instante
Y hablarla de mi fé;
Volverme de ella cortesano amante,
Y besar de sus pies la leve huella,
Porque es del alma firmamento estrella
Tan púdica mujer.

Son copia nada mas de su hermosura
Las flores del altar;
Y sus horas de duelo y amargura
Son el llanto simpático del niño,
Que á la voz del halago y del cariño
Responde sin afán.

¡Cuan divino es soñar con esa Fada
Siquiera en ilusion!
La tierra no es de su beldad morada.
Esa Virgen se llama la Inocencia,
Y por nombre le dió la Providencia
"Cristiana religion."

DALMIRO.

Cañete, Julio de 1875.

PASADO Y PORVENIR.

DEDICADO, EN PRUEBA DE AMISTAD, Á LA SEÑORITA ANGELA CARBONEL.

La vida es sueño; el porvenir, mentira.

CALDERON.

HÉ aquí las dos gigantescas partes en que se divide la existencia del hombre. Pasado y porvenir!

El primero es un libro: el segundo un problema.

En aquel está escrita la experiencia: en este no hay mas que incertidumbre y tinieblas.

Todos conocen el ayer: nadie, empero, conoce el mañana.

Tiene aquel páginas perfumadas con el aroma de la felicidad, páginas sublimes cuya lectura es como la cosecha de recuerdos imperecederos, páginas que embriagando dulcemente el corazón, arrancan de sus profundidades lágrimas de entusiasmo,

Pero á la vez tiene otras cuyos caracteres se revisten del aspecto luctuoso del dolor; aglomeracion tristísima de sucesos presididos por la fatalidad, senda llena de escollos y de dardos, donde pudiera el alma ver aún la sangre de sus heridas, las lágrimas de sus pesares.

Hay en el pasado la cuna que se mece, la ternura y el beso de la madre, el candor de la pureza, la poesia de la infancia.

Hay allí la grandeza de la pequeñez, la virtud de la inocencia—y dos ojos que se levantan y dos manecitas que se juntan para alabar á Dios.

Es en ese albor de la vida donde el hombre contempla la felicidad perfecta, la tranquilidad absoluta: es allí donde, pura, risueña el alma, bate sus alas impalpables hasta rozar el Cielo.

Pero contempla tambien el hombre el ocaso de esa infancia y la evaporacion de toda esa ventura, y ve luego venir, con su cortejo de borrascas, con su tempestad de impresiones, aquella estación de la vida que llamamos juventud.

Los primeros alegres dias de esta juventud, su alborada, constituyen la página mas arrebatadora del libro del pasado.

Rasgos tan bellos y expresivos tiene, como los resplandores de un sol que empieza á levantarse, como el trino del ave que, sintiéndose dulcemente herida por el primer rayo de luz, sacude su matizado plumaje y entona alegre su saludo al Cielo.

Mas toda esa belleza pasa, y en pos de ella se presentan los rigores de la vida, las decepciones frias y amargas.

La juventud entónces aseméjase á la rosa que palidece, al tallo que se quiebra.

A la suave claridad de la aurora sucede el sol abrasante del zenit, á la felicidad que comienza la ventura que decae.

En aquella alborada el corazón estaba quieto; mas ahora palpitante y fatigado se siente.

Ya no hay en él primavera, ya no tiene la apasibilidad de la infancia unida á la infancia de la juventud. Lo que hay ahora en él es el invierno que destruye, la tempestad que hiere.

Invierno de dolor y desengaños, tempestad airada de las pasiones,

Tal es la estación de la vida de cuyos in-

teros detalles, ya gratos, ya funestos, se halla colmada la segunda parte del libro del pasado.

Abramos en ella ese libro, y experimentamos las encontradas impresiones que su lectura nos brinda.

Hallaremos en primera linea el gran poema del corazon: la historia del primer amor.

"Primer amor! Noble orgullo de sentirse amado"—sensacion desconocida y pura que levantándonos insensiblemente del mundo de la realidad, aproximamos á la region infinita del espiritu; primera gota de rocío que refresca y fertiliza nuestro corazon, vasto horizonte donde la mirada del alma extiendese á su sabor, contemplando los resplandores de su luz y la variedad de sus colores.

El primer amor es al corazon lo que la vista de un optorama iluminado á los curiosos ojos del niño. Apicalos á sus lentes y encuentra allí, extaciado, ricas y variadas flores, fuentes cristalinas, paisajes encantadores, un mundo—en fin—desconocido para él.

¡Cuántas ilusiones, qué germen de esperanzas, no encuentra el alma en aquella grata impresion del primer amor!

Desde aquel momento el hombre no vive, sueña, su corazon no le pertenece, con su atencion no puede contar. Todo él es ajeno, toda su vida un martirio.

Pero un martirio grato y vivificante, un martirio que en vez de destruir, eleva; el martirio de un pensamiento que nos ocupa, de un amor que nos nutre: en otros términos, el holocausto de nuestro propio corazon en aras de un sér que el entendimiento admira y el pecho cree perfecto.

Fuente perenne de sentimientos nobles, de proyectos ilusorios, el primer amor viene á ser el árbitro de nuestra voluntad, el sueño de todo nuestro sér.

El ocupa nuestro pensamiento como las aves ocupan el espacio, él sostiene nuestra vida como la atraccion sostiene á la estrella en el éter, él llena nuestro corazon como Dios llena la inmensidad.

Gratos, pues, son sus halagos, rico su perfume, embriagador su nectar.

Felices fuimos cuando sus alas cerniéronse sobre nuestra vida: por eso es bella la página de su historia.

Pero volvamos esa página.

El mundo moral, el corazon del hombre, tiene sus leyes fijas, como el mundo físico, el universo de Dios, tiene tambien las suyas.

En este las tinieblas suceden á la luz del sol; en aquel el desengaño, la ausencia, el pesar, suceden al amor.

Cambio terrible para el mundo el de la noche por el día: cambio funesto para el hombre el de la decepcion por la esperanza.

Allá hay tinieblas; acá hay pesares: allá siquiera la esperanza de la luz: acá... tan solo la esperanza de la muerte.

Desgraciados fuimos cuando el llanto del dolor humedeció nuestras pupilas....

Por eso es tan triste la página de su historia.

He allí el libro del Pasado.

Sus tres partes:

Infancia—Alborada de la juventud—Juventud.

Las primeras son un himno: la última una tempestad.

Algazara y dicha las primeras: pruebas terribles y lágrimas, á veces la tercera.

Qué es el porvenir?—Dónde está?

* * *

Con la mirada incierta y el paso vacilante caminamos á ese punto á donde el hombre nunca llega.

El porvenir de hoy será el día de mañana, como lo fué el día de ayer para el penúltimo día.

Es un término relativo.

Se extinguirá el día de mañana y su porvenir tambien; sucederá el día siguiente y acontecerá lo mismo. Y así en lo sucesivo.

De lo cual se deduce que el porvenir es una palabra sin sentido.

No existe.

"Mi porvenir"—dice el niño: "mi porvenir"—dice el jóven: "mi porvenir"—dice aun el anciano.

El niño llega á ser jóven, pisa el santuario de la vejez, el anciano entra á la tumba, y ninguno supo lo que fué aquel periodo tan apetecido llamado—el porvenir.

Sin embargo, la vida, como hemos dicho, considerada totalmente, se divide en dos partes: la primera empieza en la cuna y acaba en el apogeo de la juventud: la segunda, por consiguiente, empieza en este periodo y termina en el sepulcro.

Aquella es el pasado, en el cual leemos: esta es el porvenir, sobre el cual conjeturamos.

Mas, rara vez nuestros cálculos ó presentimientos tienen el sello del acierto.

Aquel gigantesco, aquel infinito edificio que llamamos porvenir, descansa sobre una base—¡pero qué base!—mas consistente seria si se formara de arena movediza: esa base es de ilusiones: su principal columna, la esperanza.

Así, pues, con la imaginacion repleta de ilusiones y el corazon henchido de esperanzas, enderezamos nuestros pasos en pos del porvenir.

Le encontraremos?

Sentirémos al fin el halago de una ilusion que se realiza, de una esperanza que se cumple?

¿Cuál será nuestro porvenir?

¿Será, por ventura, la repeticion de aquel primer periodo de la vida que apellidamos infancia; es decir—nos halagarán otra vez la felicidad perfecta, la satisfaccion absoluta, propias de aquella edad?

O por el contrario; nuevos pesados eslabones vendrán á agregarse á esa cadena de dolores atada á nuestro cuello en los momentos en que el pasado muere y el porvenir nace?

Por mucho que sea nuestra vaguedad ó incertidumbre sobre estas cuestiones, en algo podremos acertar si basamos nuestro juicio sobre el criterio de la experiencia.

Es indudable que á proporcion que el hombre avanza en la escala de su edad, si ha sido feliz, su felicidad se debilita; si ha sido infortunado, su infortunio acrece.

Este no es un principio de evidencia absoluta, ni moral: tiene bastantes y frecuentes excepciones; sin embargo, el curso regular de los acontecimientos y de la vida del hombre, la naturaleza misma, están de acuerdo con nosotros en que es una gran verdad.

Verdad dura y terrible para el jóven lleno de aspiraciones, para el hombre feliz, para el desgraciado.

Ensayemos dar una prueba de ella.

Una cabeza cana es como el copo de nie-

ve que hiela el corazon, y las arrugas que surcan la frente son los caracteres, ó de la vejez que abanza. ó del dolor que consume.

El corazon helado no puede amar, y de él diremos con Espronceda:

*Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor....*

Luego no puede ser feliz.

La pérdida de las aspiraciones es la evaporacion de la esperanza.

El que no espera, no puede ser dichoso.

Las aspiraciones son propias de la juventud; quien sale de esta edad y toca la vejez—ya no aspira.

Luego no puede ser dichoso.

El hombre que llega á tal situacion asemejase al viajero que, fatigado por el cansancio, se detiene en un punto de su camino y dice: *Hasta aquí.*

Y viene luego la muerte y se lo lleva....

Nuestros ojos se han detenido sobre los dos grandes polos de la vida: el pasado y el porvenir.

Del primero decimos: *Fué.*

Del segundo preguntamos: *Qué será?*

En el uno dejamos, vacía ya, la cuna en que se nos meciera, las ilusiones, los desengaños.

En el otro presentimos un corazon que no se mueve, la extincion de las aspiraciones, y vemos no muy distante, la inmóvil tumba que nos llama.

He allí la vida.

Cadena de dolores....

"Llanto interrumpido apénas—que principia en la cuna y en el sepulcro acaba."

El verdadero porvenir es Dios.

ELOY TRUQUE.

Lima 1875—Julio 20.

MIS PENSAMIENTOS

Sobre la Religion del Crucificado Jesus!

LA religion del Crucificado Jesus, es una aurora apacible y brillante, que apareció en Belen con el nacimiento de su Divino institutor: pues estando el mundo sumergido en las mas densas tinieblas del gentilismo, de la idolatria y de la supersticion, se veian por doquiera los estragos de la mas grosera ignorancia y del error.... Entonces apareciendo en la tierra, aquel primer lumínar del cielo de la verdadera sabiduria, que es el Divino Verbo Humanado, trajo, desde el seno de su Eterno Padre, la luz de la verdad, y desplegando su hermoso y refulgente manto, cubrió todo el universo con el claro albor de su doctrina, pues con solo este acto de humanarse y de nacer sujeto á las debilidades de la infancia un Dios Omnipotente, dió la mas elocuente leccion á todo el mundo, de las tres virtudes, que son el distintivo del verdadero cristianismo despues de la fé, la humildad de corazon, la caridad divina y el desprecio de todo lo visible. Estas tres virtudes desconocidas hasta entonces en la tierra, fueron por primera vez predicadas en la gruta de Belen, y con grande triunfo selladas en el Gólgota con la sangre, llagas y muerte de su Divino Autor.... Allí fué consumada la obra mas grande que vieron, ni verán jamas los siglos!.... Allí fué instituida esta dulce, suave y amorosísima

Madre, la Religion de mi crucificado Padre... mi amable Jesus!... Ella, es toda santa, dulce y benigna por su origen... santa, dulce benigna en sus leyes... en sus prácticas... en sus dogmas... en sus sacramentos... en fin, en sus premios que son la posesion del mismo Dios...! Oh santa religion de mi Divino Señor Crucificado!... Solo en tu seno y en el cumplimiento de tus preceptos, se percibe el suave ambiente de aquella deliciosa primavera para el alma, que es la paz del corazon...! Solo en tu regazo encuentra el descanso el afligido corazon del mortal, que transita fatigado al traves de tantas penas que agitan la humanidad...! Solo en tu doctrina se percibe la luz de la verdadera sabiduria, que es el temor de Dios; porque el que guarda tu ley y confiesa tus Dogmas, anda en la luz y está distante de las tinieblas...! Solo tú ¡oh dulce y santísima Madre, imprimes en las virtudes morales, aquel encanto divino que es propio solo de su divino Autor, y que su solo aspecto grato y encantador, arrebató nuestros corazones, y nos hace exclamar, con la santa esposa de los cantares: "Llévanos tras ti y correremos al olor de tus perfumes"...! Solo tú ¡oh apacible Aurora, corras el negro velo de nuestras tribulaciones é ignorancias, y nos anuncias un dia claro de paz y de ventura, por medio de la esperanza en los auxilios y proteccion del verdadero Dios...! En fin... solo á la corriente de tus aguas, crecen y crucifican los hermosos y vistosos árboles de todas las virtudes perfectas, á cuya sombra reposan con dulce tranquilidad las tiernas ovejas del celestial rebaño; y en sus frondosas y elevadas copas, se anidan placenteras, las inocentes avejillas del cielo del cristianismo, entonando, aun en medio de las mas desechas tempestades, los mas melodiosos cánticos de amor, en sus variados, suaves y melodiosos trinos y gorgoros...! Por último; Oh Santísima Religion mia...! Solo en tus quietas y silenciosas comarcas, se oyen los ecos humildes de la tórtola, que con una misma melodia canta y llora... pues el verdadero hijo tuyo, no tiene mas que un solo corazon entregado al Divino querer, y con una misma voz, bendice á su Dios en el dia del gozo y en el de la tribulacion; porque tus deliciosas carismas se difunden en su alma, en cualquiera situacion donde se encuentre!... ¡Sí, dulce Madre mia! Tú nos engendraste en la montaña del Gólgota, con la sangre de un Dios!... nos diste á luz entre sus dolores!... nos alimentas con sus sacramentos!... nos arrullas con sus consolaciones... y nos llevas á su seno, confortados con los suaves ósculos del divino amor!... Yo bendigo mil veces á tu Divino Autor mi amado Dios, deseando que seas de todos conocida y amada!...

Una alma penetrada de estas verdades.

SOR MARIA TERESA.

(Continuará.)

LA MADRINA SEVERA.

Hará cerca de doce años
Que una señora muy beata.
Tenia una casa en Lima
En donde sola habitaba
Con una jóven hermosa
Nada menos que su ahijada:

Esta era alta, de ojos negros
Y magníficas pestañas.
Mucho pelo, algo morena,
Boca pequeña y rosada,
Cuyo agradable conjunto
Hacíala muy simpática,
Sin contar con que era viva.
Amable, graciosa y franca.
A tan adorable niña
Naturalmente la anciana.
Le habia buscado un novio
Tal como ella lo deseaba.
Sin otros antecedentes
Que ser un *Juan de buena alma*.
Que la acompañaba siempre
Cuando emprendia la marcha.
Tempranito á los Descalzos.
A donde se confesaba.
La niña con su madrina
Estaba cual toro en trancas.
Porque no la permitia
Vestir con gusto ni gracia;
Peinados jamas se hacia
A no ser dos trenzas llanas,
Y salia á todas partes
Con vestido negro y manta:
Porque los colores fuertes
Eranle cosa vedada.
Si se miraba al espejo
La decia que pecaba,
Y tapó con unos lienzos
Los que habian en la casa:
Asi es que ya para verse
Iba á la botija de agua.
Huérfana de padre y madre
Se quedó la desdichada,
Víctima desde seis años
De majaderias tantas.
Aprendió á leer, escribir,
Y la doctrina critiana,
A rigor del *San Martín*
(Nombre que al látigo daban)
Para enseñarle la misa
A las seis de la mañana,
En el frio de algun templo
La chiquilla tiritaba.
Y si aquellas oraciones
No las pronunciaba claras,
Unos terribles pellizcos
Sin compasion le aplicaba.
En fin, de todo, y por todo
Cruelmente era castigada,
Y al almuerzo y la merienda
Habian, látigo y lágrimas.
El corregir al que yerra
Puede ser obra muy santa;
Pero el mal está en tomarse
Facultad extraordinaria.
Que maltratar criaturas
Divierte á algunas... *cristianas*
Tanto, que es la obra piadosa
Que se cumple mas exacta.
Pasaron al fin los años
Y ya de aspecto cambiaban.
Las reprensiones continuas
Por *quítame allá estas pajas*.
Esta juventud tan triste
Tras su desgraciada infancia.
Hicieron que nuestra jóven
Un matrimonio aceptara.
Matrimonio ventajoso
Y que por mil circunstancias,
No podia compararse
A aquel de que antes hablaba.
Pero ¿como proponerlo
Cuando la madrina brava
Iria por impedirlo
Hasta á la curia eclesiástica?
No como por darle gusto
A la que era su tirana,
Desechaba en el naufragio
De su vida, aquella tabla,

Decidida al fin se hicieron
De manera reservada,
Las diligencias precisas
Sin que ella lo sospechara.
Ya el novio tenia listo
El domicilio, y las galas.
De modo que solamente
La ceremonia faltaba.
Un Señor muy respetable
Que era amigo de ambas casas.
Fue el que arregló con el novio
Con la madre, y con la hermana.
El modo de que la niña
Abandonara su casa,
Sin que este paso violento
Pudiera afectarla en nada.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

(Continuará.)

MUJER COQUETA Y MADRE MARTIR.

I.

AMALIA era hermosa, pero con esa hermosura que hiela la sonrisa en nuestros lábios, que mata nuestra alegría, pero que enardece nuestra mente; con esa hermosura mas bien que se desea, pero que no se ama. Orgullosa con su hermosura y posicion, un sello insultante demarcaba su sonrisa, y su alma, viciada con el cortesano galanteo de los zánganos del siglo, era ajena á esa sensacion prodigiosa que cambia nuestro modo de ser, y que todo el mundo no sé por qué, ha dado en llamar amor. Era Amalia, mas claro, una de esas mujeres que se entretienen jugando con el sexo feo, como el niño con sus juguetes...

Un hombre ciego, loco, enamorado cual pececillo inocente atraído por el sebo cae en la red que le tiende una coqueta: una almiarada sonrisa ha sido este sebo, y este hombre, adormecido con el dulce néctar que bebe en los rojizos lábios de la que cree su amada, despierta un dia con el corazon desgarrado! ¿Quién ha sido el verdugo? una coqueta. Y una coqueta es una mujer, un ser débil, el crimen no lo castiga ninguna ley y el pobre iluso tiene que irse con la música á otra parte. Ahora preguntamos, ¿quién tiene la culpa de ese mal social, que se llama una coqueta? El hombre, siempre el hombre. Es él quien deslizando palabras barnizadas de miel al oido de una mujer, la hace fátua, vanidosa en una palabra, corrompe sus mas bellos sentimientos, hasta que llega un dia en que practicando la ley de las praderas, devuelve mal por mal.

Amalia, como he dicho, era una de estas mujeres. Amaba las galas, los adornos, y su pensamiento, como ocupacion favorita, era el tocador. Parece, por supuesto, que una mujer como Amalia jamas seria amada con ese amor predicado por Platon y cantado por los poetas sus sucesores. Pero sabido és, como sacarse un ojo y quedar tonto, que en la viña de Cristo abundan los tontos.

No será, pues, extraño que Julio Menívar amase á Amalia con ese amor del alma, ficcion hoy dia de las cabezas acaloradas, sarcasmo irrisorio para los amantes del positivismo.

II.

Julio Meniva, joven médico, de afamada reputación, cuya fortuna estaba en el porvenir, era dueño de esas cualidades que el mundo admira y que la sociedad paga con una frase asaz impropia: "Parece una dama," dice; dicho cuya existencia se pierde en la nebulosa noche del tiempo.

Julio era un guapo mancebo, pero tenía un defecto malo, pésimo, horrible en el siglo del saber; tenía ese defecto de que adolece gran parte de la humanidad: en una palabra era... era pobre... Vivía feliz con su independiente cuanto módica existencia, faltándole solo ese algo misterioso, encanto del hogar, perfume delicioso de nuestra existencia, faltándole una mujer que comprendiendo su alma, hiciese de su vida un Eden. Buscaba ansioso este bello ideal, hasta que creyó encontrarlo en la mujer más hermosa de la ciudad, en Amalia. Desde que la conoció, la amó con todo el fuego de su alma noble y juvenil, sin pensar que el calor de su alma era insuficiente para animar una estatua, para derretir la nieve que cubre el corazón de una coqueta.

Julio era hermoso, galante, fino, instruido. La nobleza de su carácter se manifestaba en su simpática figura, y sus menores movimientos tenían ese algo encantador que seduce, esa superioridad que imprime el mérito y que hace querer á las personas.

Amalia al tratarlo conoció, mujer al cabo, la impresión que había hecho, el ardiente amor que había inspirado.

Una orgullosa sonrisa se dibujó en sus labios. Propúsose jugar con el corazón de Julio, quiso atraerlo, imbuir en sus venas una pasión terrible, quiso verlo á sus pies, humillado, temblando, loco, delirante de amor y lo consiguió. Julio se creyó amado, se creyó feliz. Amaba con el alma, con toda la intensidad del primer amor. Alma noble, no dudó del amor de Amalia, porque tenía fé, por que creía en la virtud de la mujer, porque había tenido madre, porque nunca había tocado el desengaño. Además ¿no se lo había dicho ella mil y mil veces? no tenía cartas en que le juraba amor eterno? Por qué dudar cuando su Amalia, su ángel, su vida, su Dios, le había jurado amor hasta más allá de la tumba? Hé aquí lo que es el hombre bueno. Confía y espera. Solo la virtud engendra la fé, solo ella disipa las tempestades del corazón humano.

Pero llega un día en que todo esto concluye. Una revolución terrible se opera en el alma; y la fé, la generosidad, el sentimiento, la virtud en fin, son arrojadas del hermoso santuario del corazón por un enemigo terrible: el desengaño.

Esto le sucedió á nuestro enamorado joven, que vió disiparse á manera de humo sus más caras ilusiones, que vió ajado su amor, puro, divino, por una mujer sin alma.

III.

Un día Julio estudiaba, cuando un criado le entregó una esquila. El corazón, ese verdadero barómetro del hombre, le anunció que era de su amada; la abre con precipitación, la lee, y una palidez mortal cubre su semblante. Amalia lo llama y le pide que lleve todas sus cartas. Un dolor profundo sintió en el alma. Principiaba la tempestad. La duda, los celos eran la nube

que empañaba ese horizonte tranquilo y limpio. Sin embargo, se serenó, quiso ver hasta donde llegaba su desgracia. Las cartas las llevaba consigo, jamás se separaba de ellas. Lleno de resolución tomó su sombrero y salió.

Poco después estaba en el gabinete de Amalia. Esta notó la palidez de su amante, pero no comprendió su dolor.

Un corazón insensible, un alma de nieve jamás comprende el dolor ajeno. La coqueta tiene un escudo impenetrable: el egoísmo.

Amalia ofreció asiento á Julio, pero éste lo rehusó, presentía su desgracia y no quería tomar nada de manos de su verdugo sacó las cartas del bolsillo de su levita, las contó y con una impasibilidad extraordinaria las entregó á su amante diciendo:

—Señora, no sabía que trataba con una ajiotista. Devuelvo vuestro préstamo. Ahora, si me necesitais, hablad.

—Os llamaba para deciros que Rafael de la Mar, ha pedido mi mano, y que me caso con él.

—Ah! os casais con el medio millón del señor Rafael? Buen negocio, que seais feliz. Yo no podría ofreceros más de mi amor; soy pobre, vivo de mi profesión y ella es insuficiente para daros tono, para haceros feliz.

Amalia frunció el ceño. Julio con sus irónicas palabras le había herido el amor propio.

—Sí, continuó Julio, os casais por tener galas, joyas, coches; os casais con el dinero de ese joven, pero tened entendido que matrimonio que el interés hace el diablo y lo deshace.

Adios, Amalia, que seais feliz.

El sentimiento embargó su voz, tomó su sombrero, é inclinándose lijeramente, salió como ébrio fuera del gabinete.

Amalia soltó una careajada.

—Vaya el pobrete, dijo, había creído que me casaría con él, Jesús! qué cándido!... ja... ja...

Julio oyó el sarcasmo. Una nube de sangre pasó por sus ojos, y mudo, trémulo de desesperación corrió por las calles sin reparar en nadie.

Hay sentimientos del alma que matan. Dolores que ofuscan la razón, que extinguen el sentimiento, que adormecen el corazón, que hacen olvidar de sí mismo; dolores ante los cuales la pluma enmudece y el pincel queda helado; dolores que hacen tomar una pistola y echarse el alma á la eternidad, sin darse cuenta de ello. De estos dolores era el que agitaba á Julio, que llegó á su escritorio, cerró ventanas y puertas y sentándose en una silla se puso á llorar amargamente.

IV.

Han pasado seis años.

Amalia vela al lado de un elegante lecho donde agoniza un pequeño niño.

Rafael de la Mar ha muerto.

Amalia, sola en el gabinete, sigue con mirada ardiente los progresos que la muerte hace en su hijo.

Lloraba desesperada cuando entró el doctor Novora, médico cuya fama rayaba en lo inverosímil.

Cuando el doctor entró, lanzó una viva mirada y con pasos lentos, mesurados, silenciosos, se acercó al lecho.

Amalia; cual la estatua del dolor esperaba el fallo del doctor.

—Vive? preguntó por fin.

—Se muere, contestó francamente Novora.

—Dios mio! Dios mio! Oh! doctor, salvad la vida á mi hijo y toda mi fortuna es vuestra.

—Pido otra cosa, señora.

—Qué?...

—Cerrad las puertas, retirad de las antecámaras á los criados... no tengais cuidado, no quiero vuestra honra. Sois hermosa, pero yo no tengo corazón, soy una estatua viviente, un árbol en medio del desierto, un cadáver salido de la tumba.

Amalia miró con desconfianza al doctor, pero bajó la vista confundida. Había tal nobleza en su pálido semblante, tan enérgica voluntad en sus ojos, que tuvo que obedecer. Amalia cumplió el deseo, el mandato más bien, del doctor.

—Señora, continuó éste, tened confianza; voy á salvar á vuestro hijo, lo prometo, pero antes es preciso que oigais una historia y que me prometais cumplir lo que pida.

—No siendo mi honra!...

—Sentaos, señora, para qué quiero vuestra honra? ella no curaría la honda herida de mi alma. Amalia se sentó, llena de sobresalto, de inquietud. Veía en esto algo de solemne que la hacía estremecer, que la helaba.

V.

Hubo un tiempo, dijo el doctor, con una amargura imposible de describir, que un joven amó á una mujer; esta mujer se apoderó del alma, de los sentidos, de la vida en fin, de dicho joven, y cuando hubo impregnado en sus venas todo el ardiente veneno que respiraba; cuando lo vió humillado, cuando lo vió que soñaba con el Paraíso, con mano sacrílega despedazó esa alma, despertándolo de su sueño, mostrándole á sus pies un abismo negro, terrible, sin fondo. Sabeis ahora por qué esa mujer hizo infeliz á un hombre? por que esa mujer amaba más una sortija que el amor, un caruaje que la vida de un hombre; porque era una coqueta, de esas que á semejanza del gato juegan con sus víctimas, por que era una coqueta que á semejanza de mercadería se vendió al que daba más. Esto le sucedió á mi héroe. Era pobre y Amalia... si, ese era su nombre, se dijo: "Un pobrete querer casarse conmigo, es irrisorio."

Amalia lanzó un grito doloroso, y trémula y vacilante, cayó de rodillas murmurando casi, imperceptiblemente:

—Perdon! Perdon! Quien sois vos?

—Quien soy! ah! el sufrimiento me ha desfigurado completamente, pero, imposible, vos debéis conocerme, miradme bien... Y Novora con voluntad de fierro se transformó radicalmente, el pasado se reveló en su rostro viejo, demacrado.

Amalia lanzó un grito y se arrastró hasta los pies del doctor.

—Julio!... Julio!... Perdonadme...

—Oid, Amalia, dijo éste con indiferencia glacial, no podéis imaginaros cuanto he sufrido en seis años terribles que he pasado fuera de mi patria; he derramado lágrimas de fuego, mis heridas han manado toda la sangre y he quedado completamente desfigurado, viejo, en una palabra.

—Solo una esperanza me ha hecho vivir.

vengarme, pero no vulgarmente, no como lo hace el comun de los hombres haciendo mal, sino haciendo un gran bien á la humanidad, matando, esa hermosura que es un tósigo terrible para el ser humano, esa hermosura que se alimenta de joyas, galas, carruajes, esa hermosura que se alimenta del oro.

Amalia gimió débilmente; no podia adivinar, pero presentia que un mal terrible la amenazaba, no se atrevia á preguntar ni á levantar la vista por no encontrarse con el ceño adusto, severo é imponente de Julio.

—Sí, continuó él, es preciso que me vengue y me vengaré; la vida de tu hijo en cambio de tu hermosura.

Amalia retrocedió espantada.

—Sois un infame dijo, por fin.

—No me habeis entendido dijo Julio.

He aquí dos frascos: el uno contiene la vida de un hijo, el otro la muerte de una hermosa. Mientras yo doy tres gotas del uno al hijo, vos, señora, os lavais la cara con el otro. Si dudais, acercaos al lecho de vuestro hijo; veis como la respiracion está fatigosa, como el sudor baña su frente; pues bien, yo voy á quitárselo al momento, voy á hacer que con una gota de ese líquido salga de la agonía, de la insensibilidad en que lo tiene la agonía. Y aplicando la accion á la palabra administró al pequeño niño una gota de un líquido verdoso en una cucharada de agua. Poco despues la respiracion fatigosa fué calmando, el sudor quitándose; meneó lentamente los lábios hasta que al fin articuló débilmente:—mamá!

Amalia creia soñar, y loca de amor y contenta se arrojó sobre el lecho esclamando:

—Hijo!.. hijo de mi alma!

—Señora, dijo Julio; no perdais tiempo, si no le suministro á vuestro hijo las demas gotas, morirá irremediamente.. Decidios; si lo amais, lavaos con el líquido indicado y el niño vivirá; lo prometo por mi honor. Amalia miró al doctor y á su hijo, se irguió altanera diciendo con suprema dignidad:

—Una madre debe sacrificar hasta la honra por su hijo.

Se dirigió resueltamente, tomó el pequeño frasco, vació el contenido en una taza con agua y se lavó.

Julio al mismo tiempo administraba al niño el líquido salvador, pero al volver la cara se horrorizó de su propia obra. Una mujer horrible, superlativamente fea, con una fealdad imposible de describir, con una de esas fealdades repugnantes que dan mal de nervios, estaba delante de él esperando ansiosa su fallo.

—Vuestro hijo, dijo Julio, está salvo; lo aseguro con mi vida, que desde ahora alentará. Pero antes de partir voy á pedirlos por favor que arrojeis una mirada hácia el espejo.

Amalia dió un grito, grito único que expresaba un mundo de dolores y rodó por el suelo sin sentido.

—Ah! murmuró Julio, tú mataste mi alma, yo mato tu hermosura; tú me diste amarguras y sufrimientos, y yo te devuelvo un hijo. Adios, mujer coqueta. Madre mártir ya no me verás jamas.

SATURNINO.

Julio 7 de 1875.

CUENTO.

Yo quisiera saber lo que tú piensas
Y decirte á la vez qué pienso yo.
Y si recuerdas, niña, las promesas
De nuestro fugitivo amor.

Fugitivo!.. mal dije; en mí es eterno
Lo que tú acaso has olvidado ya.
Rompe la niebla el hálito del viento!
No mueve á la montaña el huracan!

Un dia, con el alba... ¡hermoso dia!
Blanca neblina en la montaña azul
Posó sus alas, nítida, tranquila,
Alas que en iris convirtió la luz!..

—Te amo, le dijo la árida montaña,
Alegra con tu amor mi soledad;
Dichosa y adormida aquí en mi falda
Nada temas del cierzo ó vendabal.

—Yo te amaré, la vaporosa nube
Repuso, y á tu seno lo daré
Fresco el rocío que mis besos fluyen
Y en bellas flores ornaré tu sien.

No bien el sol, viagero de los cielos,
Llegaba ardiente al fúgido zenit,
Cuando tendiendo la neblina el vuelo
A otras regiones se elevó feliz.

Desde entónces el árida montaña
Pide á las auras nuevas de su amor,
Y, susurrando, dícnle las auras:
—La neblina voluble te olvidó!..

Yo quisiera saber, Susana, ahora
Lo que tú piensas, y escucharlo yo,
De esa nube inconstante y de la historia
De aquel tan breve y fugitivo amor.

DANIEL.

Ica, Julio de 1875.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

MARCHA otro desterrado del mundo, funcionario civil algunas veces, pobre siempre, con la tristeza por compañera, el libro en vez de báculo, el estudio por amigo, consejero el amor.

Los niños le bendicen, los jóvenes se descubren al verle, los ancianos le sonrien y saludan con respeto.

¿Quién es ese hombre?

El mastro de escuela.

Es decir, el modelador de inteligencia, el hombre de ciencia, el sembrado de verdades, que un dia y otro, una hora y otra hora, en guerra abierta con la ignorancia, persigue el error, combate la preocupacion, lucha con la miseria del alma, que es la estupidez, mata el fermento del crimen, que es el vicio, sin mas escudo que el alfabeto, ni otros auxiliares que la pluma y el libro, armas terribles, que se encierran y guardan en una modesta casa fuerte, la escuela.

Su ocupacion de hoy es su ocupacion de ayer, la de mañana, la del último dia de su vida si enseña: los niños.

Nada de altas concepciones filosóficas nada de teorías atrevidas, nada de sentenciosos é incomprensibles tratados, concepciones que en la tribuna seducen, teorías que

en el periodismo dán celebridad, tratados que abren las puertas de las academias y sociedades científicas, trabajos todos que pueden producir honra, ó dar provecho, escalones del peldaño que termina casi siempre en la via del favor, en lo que, por lo comun, el capricho brinda con grandes posiciones oficiales, desde las que se descomponen las necesidades de la vida por un prisma rosa y oro.

Obrero continuo é incesante, vierte sobre los infantiles cerebros, el riego de una enseñanza sólida é ilustrada; y cuando la flor empieza á brotar, trasplantada del pobre semillero al matizado y vário jardin, en donde es admirada por lo que encierra de aromas, colores y gallardía, sin que nadie se acuerde del primer agricultor que arrancó de la reveldé y estéril raiz, los tallos en que luego apoyan ufanos de ramos que crecen feraces y se multiplican bellísimos.

Periodistas y amigos, deudos y relaciones, todo el mundo, al hablar del artista eminente ó el sábio precoz, tiene, en perenne repuesto, palabras de alabanza para la universidad en que estudió, el taller en que se dió á conocer, la facultad ó escuela en donde dejó buenos recuerdos.

Nadie, absolutamente nadie, se acuerda del maestro de escuela.

Y pasan los años; y el maestro de escuela envejece; los niños se hacen hombres; de vez en cuando los recuerdos de la infancia dibujan en el cerebro del hombre maduro la figura del maestro de escuela con la intensidad y rapidez del relámpago... y nada mas.

Y vive pobre, rodeado de privaciones, acechado por la envidia, calumniado por la ignorancia, abatido por la miseria.

De vez en cuando, un chusco se acuerda de él para hacerle protagonista de un sainete ridículo, y el público que llena el teatro y ha aplaudido el drama que *ha escrito* el poeta, gracias á la enseñanza del maestro de escuela, se rie luego de *El Preceptor y su mujer*; de *El domine* ó de *Los dos preceptores*, y se acuerda del refran: *con mas hambre que un maestro de escuela, mas pedante que un domine*, porque, ya se vé, como el maestro de escuela no puede ser senador, ni diputado, ni consejero de instruccion pública ni ministro, ni aun elector, vive como la ostra, adherido á la escuela, sin mas caudal que su amor á los niños, sin mas dote que mucha paciencia sin mas esperanza que su fé en el porvenir.

No importa.

Levantese erguido el maestro de escuela y combata á la ignorancia y el crimen, con la nocion de su grandeza, con el presentimiento de su futuro poder.

Magistrado primero de los pueblos, apóstol de las generaciones que vienen, estudie el maestro, estudie mucho, trabaje y crea, trabaje y espere, que contra la sátira y el desamparo, y la maledicencia y la calumnia, la ciencia que ilustra, el trabajo que ennoblece, la constancia que alienta y el entusiasmo que electriza, brindan porvenir, descanso y consideracion al profesor de instruccion.

Ciudades civilizadas, instituciones filantrópicas, gobiernos liberales, ¿quéreis borrar

de los códigos la pena de muerte? ¿quéreis suprimir del presupuesto la partida que el funcionario público verdugo, percibe por destruir lo que el hombre no es capaz de hacer?

Multiplicad las escuelas.

Considerad, respetad, dotad decentemente al maestro de escuela.

M. PRIETO Y PRIETO.

Junio. 1875.



Nos hallamos en la famosa semana del aniversario de nuestra independencia, cuyos hechos históricos son dignos de celebrarse, y están gravados en el corazón de los viejos, en la cabeza de los jóvenes, y en los labios de los niños. Para los primeros están escritos con sangre, para los segundos incrustados en oro, para los terceros simplemente impresos con tinta.

En todos los colegios se aprende el himno nacional, y los alumnos cantan en coro *Somos libres* (palabras que no comprenden.)

Nuestras fiestas van decayendo con la edad. Es natural, el tiempo todo lo muda.

A los diez años, una niña baila con mucha agilidad lo mismo que á los quince, veinte, y veinticinco, y por la práctica ó costumbre, puede hacerlo bien hasta mucho más de los treinta. Pero nuestra pobre Patria, con cincuenta y cuatro *al margen*, hace sudar á la pareja para poder danzar al son de la música, y sin embargo ¡cuantos la rodean! ¡cuantos la comprometen! y la solicitan.

La semana entrante os hablaré de las fiestas de un modo circunstaciado. En esta no es posible hacerlo.

**

¿Saben U. lectoras? cual es el barrio más concurrido los sábados por la noche? así como lo eran antes las calles del comercio cuando la gente tenía como comprar botines, cintas, cuellos, peinetas, y otros artículos de adorno para engalanarse los domingos?

Esta calle favorecida se llama la de *Pobres*, nombre muy significativo por cierto.

Allí como es muy notorio, vive el cajero fiscal, que así como San Pedro posee las llaves del cielo, este posee las del tesoro, (desgraciadamente vacío) y su casa en ciertas noches es un *jubileo*; mas no un jubileo de los que estamos acostumbrados á ver, porque estos están reducidos á cuatro ciegos en el atrio del templo, y ocho personas de voz dentro de él (triste acatamiento por

cierto á lo que más debe venerarse.) Pero pasemos adelante.

Pues que en el siglo de ilustración
Las cosas sufren alteración.

Si nó, traslado á la maldición que recayó sobre nuestro primer padre después de su pecado;—*Comerás* (d. jole el Señor) *con el sudor de tu rostro*, lo que viene verificándose desde esa remota época hasta nuestros días. Pues bien, hoy sobre la alteración siguiente: ya al hombre por estos mundos, le es ineficaz el sudor de su rostro para comer, desde que no hay como pagarle su trabajo; y no solo para comer, sino hasta para beber, pues al que no paga el agua, se la quitan, y como los aguadores están ya abolidos... debe adicionarse la maldición con esta frase—*apagarás tu sed*.

Y á propósito de necesidades, recuerdo cuando era niña, que había en casa un gran corral de gallinas, que cuidaba una criada á quien estos animales se le subían hasta la cabeza, cuando entraba llevándoles el alimento. Yo, que apenas mediría cuatro pies de altura, veía esta operación por una pequeña rendija de la puerta, y luego que estaban en su *suntuoso banquete* principiaba á recorrer los nidos, que eran lo que más interés me inspiraba.

Serían como las doce de un día en que habían descuidado llevarles el alimento, y apenas sentían ruido se agolpaban á la puerta, como desesperadas por el hambre, creyendo ver entrar á su providencia representada por la morena Victoria (que así se llamaba esclava.)

Yo que de pequeña era muy traviesa, tuve la diabólica ocurrencia de llamar á mi hermano diciéndole:—Ven á... ayudarme á engañar á las gallinas: mucho nos va á divertir esta pegata—Para el efecto llenamos de pedazos de ladrillos, y piedra la cazero-la destinada para su comida, y cargándola con gran dificultad entre los dos, corrimos el cerrojo y nos metimos en el corral, ¡terrible momento! estos feroces animales, nos envistieron, nos ensangrentaron, y el gallo casi nos saca los ojos. Nosotros en el mayor aturdimiento soltamos aquella pesada carga, cual quebramos la pierna de un pollito.

Desde esa época no nos quedó gana de engañar, fieles á aquella saludable lección.

Y ya que os he contado esta verídica historia, paso á referirles un sueño también del caso. Advirtiéndome á UU. que soy muy soñadora.

Me figuraba ver á un hombre, encargado de un telescopio, por el cual tenía necesidad de ver el *sol* todos los habitantes de una gran ciudad, so pena de morir aquel que no llegase á verlo ¡y qué tropel había! y que lavierintos, y qué palabras, nécias, ¡La gente se ahogaba, y se oprimía, y se desesperaba, todos se disputaban el lugar más inmediato al telescopio, de manera que el encargado de conducirlo tenía que apelar á la fuerza, á fin de resguardar su persona. Llegada la noche, el individuo se retiraba á descansar; pero la gente impulsada por el deseo de vivir, lo seguía y lo perseguía. ¡Y cuántas veces por condescendencia les dejaba asomarse al telescopio de noche! enton-

ces en lugar de ver *Sol* (como es de suponer) solo veían *la Luna* de... aquel país.

(Yo dije al despertar,) ¡que suerte tan parecida á la del tesorero!

Pues un tesorero hubo, que sufrió sin quejarse los más agudos dolores en una llaga, y preguntándole el médico la causa, de tan sorprendente silencio, este contestó: si diciendo *no hay, no hay*, todos los días, tengo tanta gente que me importune, que sería si yo soltara un ¡Ay!

**

En los días trascurridos
Después de pequeños viajes,
Un agente, que *lanzeta*,
Debiera mejor llamarse,
Porque era un tirabuzón
En punto de utilidades;
Desenterró, en cierto pueblo
A un sujeto comerciante,
Que entre compras, y entre ventas,
Contaba muy buenos reales.
La señora susodicha
No tardó, pues, en hallarse
En presencia de aquel hombre
Que iba su oro á reclamarle.
Se llamaba *Policarpo*
No había como escaparse.
Tenía dos apellidos
Casibilca y *Tiravanti*.
(Y aquí perdon mis lectores
Porque falté al asonante)
Y no era de Cajamarca,
Su pueblo era *Ferreñife*
Ni quería recompensa
Pues era rico, y el viaje
Emprendió por conocer
A esa dama interesante;
Mas viendo el asunto largo
Para poder comentarse,
Lo dejó si ustedes gustan,
Para la semana entrante.

**

En los diarios del Miércoles y en la sección de despedidas hay una positiva novedad.

El señor X, médico cirujano y la señora Z, su esposa, profesora en *TEOLOGIA*, piden órdenes para Huancayo.

Que una señora sea hábil en labores de aguja, no tiene nada de maravilloso; pero que sea entendida en las escabrosidades teológicas, digo que es cosa que.....

Por si sola se comenta
No es menester comentalla.

Y continuando mi historia, en la cual un error de imprenta le hace un gravísimo daño, porque dice *abuela materna* la cual sería asunto un *domingo siete*:

Repetiré, pues, que Julia
La heroína de este cuento,
No tenía otros parientes
Que su mamá y que su abuelo.

Don Enrique, por su parte, también se apercibió de la impresión que había acertado á causarle. (Y como el diablo más sabe por viejo que por diablo.) El que tenía las de *quico* y *caco*, manejó las cosas de tal manera que antes de tres meses era el esposo de Eulalia:—pero volvamos atrás.

de los códigos la pena de muerte? ¿quéreis suprimir del presupuesto la partida que el funcionario público verdugo, percibe por destruir lo que el hombre no es capaz de hacer?

Multiplicad las escuelas.
Considerad, respetad, dotad decentemente al maestro de escuela.

M. PRIETO Y PRIETO.

Junio. 1875.



Nos hallamos en la famosa semana del aniversario de nuestra independencia, cuyos hechos históricos son dignos de celebrarse, y están gravados en el corazón de los viejos, en la cabeza de los jóvenes, y en los labios de los niños. Para los primeros están escritos con sangre, para los segundos incrustados en oro, para los terceros simplemente impresos con tinta.

En todos los colegios se aprende el himno nacional, y los alumnos cantan en coro *Somos libres* (palabras que no comprenden.)

Nuestras fiestas van decayendo con la edad. Es natural, el tiempo todo lo muda.

A los diez años, una niña baila con mucha agilidad lo mismo que á los quince, veinte, y veinticinco, y por la práctica ó costumbre, puede hacerlo bien hasta mucho más de los treinta. Pero nuestra pobre Patria, con cincuenta y cuatro *al margen*, hace sudar á la pareja para poder danzar al son de la música, y sin embargo ¡cuantos la rodean! ¡cuantos la comprometen! y la solicitan.

La semana entrante os hablaré de las fiestas de un modo circunstaciado. En esta no es posible hacerlo.

* *

¿Saben U. lectoras? cual es el barrio más concurrido los sábados por la noche? así como lo eran antes las calles del comercio cuando la gente tenía como comprar botines, cintas, cuellos, peinetas, y otros artículos de adorno para engalanarse los domingos?

Esta calle favorecida se llama la de *Pobres*, nombre muy significativo por cierto.

Allí como es muy notorio, vive el cajero fiscal, que así como San Pedro posee las llaves del cielo, este posee las del tesoro, (desgraciadamente vacío) y su casa en ciertas noches es un *jubileo*; mas no un jubileo de los que estamos acostumbrados á ver, porque estos están reducidos á cuatro ciegos en el atrio del templo, y ocho personas devotas dentro de él (triste acatamiento por

cierto á lo que más debe venerarse.) Pero pasemos adelante.

Pues que en el siglo de ilustración
Las cosas sufren alteración.

Si nó, traslado á la maldición que recayó sobre nuestro primer padre después de su pecado;—*Comerás* (d. Jole el Señor) *con el sudor de tu rostro*, lo que viene verificándose desde esa remota época hasta nuestros días. Pues bien, hoy sufre la alteración siguiente: ya al hombre por estos mundos, le es ineficaz el sudor de su rostro para comer, desde que no hay como pagarle su trabajo; y no solo para comer, sino hasta para beber, pues al que no paga el agua, se la quitan, y como los aguadores están ya abolidos... debe adicionarse la maldición con esta frase—*y apagarás tu sed*.

Y á propósito de necesidades, recuerdo cuando era niña, que había en casa un gran corral de gallinas, que cuidaba una criada á quien estos animales se le subían hasta la cabeza, cuando entraba llevándoles el alimento. Yo, que apenas mediría cuatro pies de altura, veía esta operación por una pequeña rendija de la puerta, y luego que estaban en su *suntuoso banquete* principiaba á recorrer los nidos, que eran lo que más interés me inspiraba.

Serían como las doce de un día en que habían descuidado llevarles el alimento, y apenas sentían ruido se agolpaban á la puerta, como desesperadas por el hambre, creyendo ver entrar á su providencia representada por la morena Victoria (que así se llamaba esclava.)

Yo que de pequeña era muy traviesa, tuve la diabólica ocurrencia de llamar á mi hermano diciéndole:—Ven á... ayudarme á engañar á las gallinas: mucho nos va á divertir esta pegata—Para el efecto llenamos de pedazos de ladrillos, y piedra la cazero la destinada para su comida, y cargándola con gran dificultad entre los dos, corrimos el cerrojo y nos metimos en el corral, ¡terrible momento! estos feroces animales, nos envistieron, nos ensangrentaron, y el gallo casi nos saca los ojos. Nosotros en el mayor aturdimiento soltamos aquella pesada carga, cual quebramos la pierna de un pollito.

Desde esa época no nos quedó gana de engañar, fieles á aquella saludable lección.

Y ya que os he contado esta verídica historia, paso á referirles un sueño también del caso. Advirtiéndome á UU. que soy muy soñadora.

Me figuraba ver á un hombre, encargado de un telescopio, por el cual tenía necesidad de ver el *sol* todos los habitantes de una gran ciudad, so pena de morir aquel que no llegase á verlo ¡y qué tropel había! y que laverintos! y qué palabras, necias, ¡La gente se ahogaba, y se oprimía, y se desesperaba, todos se disputaban el lugar más inmediato al telescopio, de manera que el encargado de conducirlo tenía que apelar á la fuerza, á fin de resguardar su persona. Llegada la noche, el individuo se retiraba á descansar; pero la gente impulsada por el deseo de vivir, lo seguía y lo perseguía. ¡Y cuántas veces por condescendencia les dejaba asomarse al telescopio de noche! entonces

en lugar de ver *Sol* (como es de suponer) solo veían la *Luna* de... aquel país. (Yo dije al despertar,) ¡qué suerte tan parecida á la del tesorero!

Pues un tesorero hubo, que sufrió sin quejarse los más agudos dolores en una llaga, y preguntándole el médico la causa, de tan sorprendente silencio, este contestó: si diciendo *no hay, no hay*, todos los días, tengo tanta gente que me importune, que sería si yo soltara un ¡Ay!

* *

En los días trascurridos
Después de pequeños viajes,
Un agente, que *lanzeta*,
Debiera mejor llamarse,
Porque era un tirabuzón
En punto de utilidades;
Desenterró, en cierto pueblo
A un sujeto comerciante,
Que entre compras, y entre ventas,
Contaba muy buenos reales.
La señora susodicha
No tardó, pues, en hallarse
En presencia de aquel hombre
Que iba su oro á reclamarle.
Se llamaba *Policarpo*
No había como escaparse.
Tenía dos apellidos
Casibilca y *Tiravanti*.
(Y aquí perdon mis lectores
Porque falté al asonante)
Y no era de Cajamarca,
Su pueblo era *Ferreñafe*
Ni quería recompensa
Pues era rico, y el viaje
Emprendió por conocer
A esa dama interesante;
Mas viendo el asunto largo
Para poder comentarse,
Lo dejó si ustedes gustan,
Para la semana entrante.

* *

En los diarios del Miércoles y en la sección de despedidas hay una positiva novedad.

El señor X, médico cirujano y la señora Z, su esposa, profesora en *TEOLOGIA*, piden órdenes para Huancayo.

Que una señora sea hábil en labores de aguja, no tiene nada de maravilloso; pero que sea entendida en las escabrosidades teológicas, digo que es cosa que.....

Por sí sola se comenta
No es menester comentalla.

Y continuando mi historia, en la cual un error de imprenta le hace un gravísimo daño, porque dice *abuela materna* la cual sería asunto un *domingo siete*:

Repetiré, pues, que Julia
La heroína de este cuento,
No tenía otros parientes
Que su mamá y que su abuelo.

Don Enrique, por su parte, también se apercibió de la impresión que había acertado á causarle. (Y como el diablo más sabe por viejo que por diablo.) El que tenía las de *quico* y *caco*, manejó las cosas de tal manera que antes de tres meses era el esposo de Eulalia:—pero volvamos atrás.

Don Enrique bailaba esa noche como un dandí, Maria su hija, que estaba hermosísima, no queria bailar, en tanto que otras solteras de *fecha* mas *atrasada* lo hacian muy regular.

Escuchemos lo que contesta Maria á un caballero, que llega á invitarla.

—¿Señora, será U. tan amable que me conceda este valz?

—Y ¿U., señor, tendria valor de ponerme en ridículo haciéndome bailar?

—¿Señora no comprendo.....!

—Sabe U. por que se dá esta tertulia?

—Si lo sé; en celebridad, del niño de un íntimo amigo mio, el esposo de Julia.

—Pues bien, caballero, ya que Julia ha tenido la distraccion de no presentarme á sus amigos, debo decir á U. que ese niño es mi nieto porque Julia es mi hija. Ya ve U. que seria de mal gusto ver á una abuela bailando.

—¿La mujer es flor de un dia! murmuró el caballero entre dientes; pero Maria que era muy viva, añadió:

—Si señor y flor como la campanilla, que solo vive una mañana, porque la tarde la marchita y la noche la consume; la destruye.....

—¿Y que dice U. de nosotros, señora?

—Poco tendria que decir! basta ver á mi padre, dijo señalando á Don Enrique, para conocer la diferencia, entre su suerte y la mia. El procede como jóven, yo tengo que proceder como vieja.

Y en efecto, Don Enrique en aquella noche resolvió darle madrastra á Maria.

El hombre es como el membrillo
Mientras mas viejo mas amarillo!

III.

Eulalia se casó con Don Enrique y tubo de este matrimonio una niñita que llevaba el nombre de Enriqueta, esta creció en la quinta que ya conocemos, al lado de Julio, hijo de Julia, su infancia fué como la de Pablo y Virginia, se separaron para entrar á sus respectivos colegios, donde perfeccionaron su educacion.

IV.

Veintidos años despues del baile Don Enrique habia muerto, y el marido de Julia se habia vuelto loco de manera que el jóven Julio era el hombre de la casa, el que manejaba los negocios y sostenia á su familia.

—Lo hemos visto pidiendo licencia al Arzobispo para casarse.

Ahora decifrémos el parentesco.

—Maria iba á ser cuñada de su nieto.
Eulalia suegra de su visnieto político.
Enriqueta nuera de su sobrina carnal.
Y Julio marido de su tia abuela.

Esto sin ser charada, enigma ni jeroglífico, os hará pensar un poco,

MANUELA V DE PLASENCIA.

Soluciones á la Charada del N^o. 40.

En la presente semana
He leído con grande gusto
La bellísima "Alborada,"
Y al cabo de tiempo he visto
Una pequeña charada.
La descifro con placer
Diciendo que es *Ascarate*
Segun mi buen parecer.

MARIA ELISA RIVERO.

Julio 18 de 1875.

Acépto un buen coscorrón
Si no doy á esta Charada
La debida Solucion
O, yo tengo mi cabeza
Tan dura como una peña,
O, no está muy bien descrita
Esa *charada* pequeña.
Es verdad que, tienen *cara*
Los hombres é irracionales;
Y, al inglés, gusta un buen *té*
De las Indias Orientales;
Pero; con el *As* de un náipe
No firmára bien *Az-cárate*

PALMIRA.

Lunes 19 de Julio de 1875

Acépto un buen coscorrón
Si no doy á esta Charada
La debida Solucion
O, yo tengo mi cabeza
Tan dura como una peña
O, no está muy descrita
Esa *charada* pequeña.
Es verdad que tiene *cara*
Los hombres, é irracionales
Y, al inglés, gusta un buen *té*
De las indias Orientales;
Pero, con el *As* de un náipe
No firmára bien *Az-cárate*.

"PALMIRA..."

"CHARADA."

De animal inundo, es hembra
La *segunda* y la *primera*
Y, ésta, con la *segunda*
Es fruta muy placentera:
Y, tambien, verbo español
Que su gramática enseña.

Si, al pronunciar la *segunda*
La dilatas, con acento
No muy largo, y al momento

Unes, á ella, la *cuarta*,
Un campo triste y estéril
Verás, del mundo, en el mapa.

Si, sencillamente, lees
Las mismas *segunda* y *cuarta*
Tendrás un precioso nombre
De la femenina raza.

Se usa, de la *segunda*
(Por mala pronunciacion)
Para asustar con la *tercia*,
A un animal jugueton.

La *prima*, *segunda* y *cuarta*
Forman verbo y apellido;
Lo cual, está conocido
En la lengua castellana.

La *tercera* y la *segunda*
Hacen sustantivo y verbo.

La *tercera* con la *cuarta*
Fruta, de invierno y verano;
Ciudad, del mahometano;
Es, pueblo, cátao hispano;

(Tambien, grato y lucrativo,
(Esto) en metáfora lo háblo)
Y sí algo lo faltase...
Adorno es, del rostro humano.

La *primera*, repetida,
Infunde, por lo general, respeto:
Es, sano y buen alimento.

La *cuarta*, con la *primera*
Es la flor, que, da, el olivo
(Nombre en española tierra)
Y es, tambien, un verbo activo.

La *cuarta* con la *tercera*
Es nombre, bien familiar
Es verbo, y es adjetivo:
No tienes, porqué dudar.

Dos verbos muy diferentes
La *prima* y la *cuarta* son
Y, tambien, ciudad, y rio,
Del mundo del gran Colon.

Todo esto, no te asómbre:
Ni te vayas del Perú
Para formar ese nombre.
En Lima, lo tienes tú.

V. G. B.

PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, calle de Belen N. 391.

El buzón para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

EMPRESA TIPOGRAFICA'
Calle de Camaná, antes Ayacucho. Ns. 128 y 130.